

**INTERPRETACIÓN PSICOANALÍTICA DE
“CRÓNICA DE UNA MUERTE ANUNCIADA”
DE GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ**

DOMINGO V. BOARI

**CCMW
JUNIO DE 1996**

a) A manera de Introducción

“Quizás, lo esencial del arte resida en la capacidad de presentarnos lo familiar en modos y maneras no familiares que poseen la facultad de conmovernos.”

Luis Chiozza

Estaba leyendo “Crónica de una muerte anunciada”. No sabría decir a partir de qué frase o de qué imagen, pero en un momento me acordé de ese domingo a la tarde.

Yo tendría 10 años, y, para entonces, vivíamos en la ciudad. No sé por qué fuimos con mi hermano, unos años mayor que yo, hasta lo de Nieves, una prima que ya era adulta, a pocas cuadras de nuestra casa. Había una extraña conmoción, un alboroto grave: en el campo donde antes residíamos, cerca del almacén en el que cada domingo se reunían los hombres para las carreras cuadreras, la taba, o lo que fuera, en una pelea sin sentido, por un motivo cualquiera, habían matado, a cuchillo, a un hombre que yo no conocía.

Recuerdo que ese día todos contaban... Todos tenían algo para decir, aun los que esa tarde habían estado en la ciudad. Apenas se escuchaban entre sí, y antes de que alguien terminara de decir algo, otro se montaba en su relato para aportar su detalle, su opinión o su espanto.

Ya no sé cuánto es lo que recuerdo y cuánto es lo que ahora imagino. Pero debo haber estado ahí, atento, entre los grandes, procurando escuchar a todos, deteniendo un instante la curiosidad en el relato que debía parecerme el más importante, para saltar, rápido, ávido, a otro que tuviera, tal vez, la clave de la tragedia,.. o el atractivo de un detalle enigmático... Recuerdo, eso sí, el horror escandalizado y locuaz de mi prima Nieves, que para mí siempre fue viuda, siempre de luto, aunque nunca se casó.

Recordé entonces el epígrafe que cito en esta página. Y recordé también a ese personaje de Milan Kundera (1978), que se sorprendió al reconocer, en un recuerdo infantil que lo asaltó de golpe, la “explicación” para una vivencia muy placentera que, un instante antes, había experimentado. Y todavía conmovido, **“se le cruzó la idea de que la belleza es una chispa que arde cuando, a través de la distancia de los años, de repente se tocan dos edades”**.

b) Resumen del argumento

Bayardo San Román, el forastero que había deslumbrado a todos, y Ángela Vicario, una muchacha común de ese pueblo olvidado, se casaron. Pero cuando aún no se habían acallado los ruidos de la fiesta, la más grande que se había visto en el pueblo, Bayardo San Roman, silenciosamente, devuelve la novia a su familia porque no era virgen.

Unas horas después, esa madrugada, los mellizos Pedro y Pablo Vicario mataron a puñaladas a Santiago Nasar para lavar el honor de su hermana Ángela. Ella, sin dudar, lo había señalado como el autor de su deshonra.

Al amanecer de ese lunes turbio de febrero, todos en el pueblo ya estaban de pie: algunos porque aún festejaban el casamiento y casi todos porque habían ido al puerto del río a recibir al obispo, que pasó echando su bendición a la distancia sin dignarse bajar. En las pocas horas que transcurrieron desde que Ángela Vicario fue devuelta hasta la muerte de Santiago, casi todos se habían enterado del propósito de los hermanos Vicario, y aunque ellos mismos hicieron más de lo imaginable para que alguien les impidiera matarlo, nadie pudo evitar la tragedia.

Nunca hubo una muerte tan anunciada. ¿Cómo tantas coincidencias funestas permitieron que se consumase el absurdo? ¿Era realmente Santiago Nasar el autor de la deshonra? ¿Cómo y por qué habían sucedido las cosas?

Estas y quizás otras preguntas más oscuras impulsan a “el cronista” a reconstruir la historia indagando en el misterio. Su búsqueda no es un impulso momentáneo. Han transcurrido más de 27 años desde aquel lunes trágico y hace por lo menos cinco que él bucea en el pasado. Ha sido un buen amigo de Santiago Nasar, y es un observador sutil y escrupuloso. Habló con todos. Indagó en el recuerdo propio y en el de todos... Intentó reconstruir prolijamente el expediente deshojado del vestuero juzgado donde se sustanció el sumario. Husmeó en el alma de Ángela Vicario, su prima lejana, y conoció casi todos sus secretos. Supo acerca del tortuoso camino que la llevó a reencontrarse, muchos años después del drama, con su marido, Bayardo San Román.

No se conformó con respuestas fáciles. No se resignó con atribuir la desgracia a la fatalidad. Nada, nimio o importante, escapó a su registro. Todo está consignado en su **crónica** y.. sin embargo...

c) Interrogantes

Dice Chiozza:

Para construir una historia hace falta un motivo y el motivo de toda historia consiste, en última instancia, en la intriga. La palabra "intriga", en sus orígenes, posee el sentido de un entrecruzamiento, y podemos suponer que alude a una especie de maraña en la cual persiste, indecisa, la posibilidad de significados contrarios de mucha importancia. La intriga se deshace cuando la historia culmina y el significado se aclara. Dado que las temáticas universales parecen ser muchas, también nos parecen infinitas las posibilidades de generar diferentes intrigas. Sin embargo el psicoanálisis, al estudiar lo que denomina "escenas primordiales" y "fantasías originales", ha conseguido remitir a unos pocos troncos comunes la inmensa cantidad de vicisitudes posibles, consolidando, al mismo tiempo, la idea de que la leyenda de Edipo es el complejo nodular. Si estudiamos, desde este punto de vista, aquello que tienen de común las diversas intrigas, descubrimos que todas ellas presentan dos fases, momentos o situaciones, que podemos llamar de mil maneras distintas, complejizándolas hasta el infinito. Toda historia transcurre entre el éxito y el fracaso, entre el triunfo y la derrota, entre la heroicidad y la muerte, entre la culpa y la expiación, o, para decirlo en los términos edípicos originales, entre el incesto y la castración. Toda intriga transcurre, de este modo, entre el júbilo y la pena, y, cuando el círculo iterativo se corta y el tiempo se despliega en un decurso lineal, la historia será triste o alegre según cual de los términos se encuentre colocado, transitoriamente, al final. (Chiozza, 1987a)

¿Dónde radica la intriga en un libreto en el que se conoce hasta los ínfimos detalles del desenlace? Se sabe el final desde el primer renglón. Se sabe quiénes, cómo, cuándo, porqué... desde las primeras páginas. Si hasta daría la impresión de que las páginas siguientes sólo agregan, uno a uno, detalles no siempre trascendentes, de lo que ya se sabe.

No hay lugar alguno para la esperanza ingenua de que la tragedia que viven los personajes de la crónica pueda evitarse. No cabe, al menos en apariencia, la ilusión de que el significado tome un rumbo sorpresivo. La belleza literaria promovería, creo, un recorrido lento, saboreado, de los párrafos. ¿Por qué entonces el lector se ve sumergido en un ritmo acelerado, como si se tratara de una novela de suspenso cuyo nudo va a desatarse en el último párrafo? Todo está **anunciado**... ¿Por qué entonces ese *in crescendo* emocional que tracciona, intrigante, hacia el final?

Paradójicamente, esta pregunta fue la intriga -conciente- que me impulsó a proponer esta novela para su discusión.

d) Sobre el enfoque de esta presentación

Sabemos que una obra literaria puede interpretarse psicoanalíticamente de acuerdo a distintas metodologías.

Puede ser que el interés resida en conocer cómo la vida y la personalidad del autor lo lleva a escribir en ese momento, precisamente, ese relato. Este, a la manera de un sueño, sería expresión del intento de elaboración de una situación traumática actual, de una crisis personal que el poeta transita. Así, creando, el artista se cura. Pero, si bien todo artista muestra mucho de sí mismo a través de su creación, no es este el camino interpretativo que, en principio, propongo para recorrer.

Tomaré en cambio los personajes de la ficción como si realmente hubieran existido. Indagaré en sus vidas para comprender sus destinos a partir de conceptos psicoanalíticos ya conocidos. En este sentido, el método aquí aplicado toma como modelo el que utilizó Freud (1907a) en *El delirio y los sueños en la "Gradiva" de Jensen*.

La novela es un género literario al que resulta difícil definirlo con precisión. Pero es posible decir que, a diferencia del cuento cuya estructura apunta a concentrarse en una historia y su desenlace, en la novela suelen entramarse narraciones colaterales, de mayor o menor trascendencia, cuyos argumentos no tienen por qué afectar, al menos en forma directa, la trama central.

Dado que, aunque es breve, no podemos leer aquí la novela completa, espigando en el relato del cronista construiré, para su discusión, tres historias: Una principal, la de Santiago Nasar, una colateral, la de Ángela Vicario y Bayardo San Román, y una que podríamos llamar subterránea, la del propio cronista.

En las dos primeras historias el comentario se encuentra a continuación del material seleccionado. En la tercera, en cambio, la interpretación se entrama con la selección del material.

I. Santiago Nasar y su muerte “absurda”

“En el secreto de la unidad del yo y el mundo, del ser y del suceder, en el descubrimiento de lo aparentemente objetivo y accidental como realización de la psiquis, creo reconocer la esencia misma de la enseñanza psicoanalítica.”

Thomás Mann (citado por Racker)

1. Santiago Nasar, un hombre común.

Había cumplido 21 años la última semana de enero, y era esbelto y pálido, y tenía los párpados árabes y los cabellos rizados de su padre. Era el hijo único de un matrimonio de conveniencia que no tuvo un solo instante de felicidad, pero él parecía feliz con su padre hasta que éste murió de repente, tres años antes, y siguió pareciéndolo con la madre solitaria hasta el lunes de su muerte. De ella heredó el instinto. De su padre aprendió desde muy niño el dominio de las armas de fuego, el amor por los caballos y la maestría de las aves de presas altas, pero de él aprendió también las buenas artes del valor y la prudencia. Hablaban en árabe entre ellos, pero no delante de Plácida Linero [la madre] para que no se sintiera excluida. Nunca se les vio armados en el pueblo, y la única vez que trajeron sus halcones amaestrados fue para hacer una demostración de altanería en un bazar de caridad. La muerte de su padre lo había forzado a abandonar los estudios al término de la escuela secundaria, para hacerse cargo de la hacienda familiar. Por sus méritos propios, Santiago Nasar era alegre y pacífico, y de corazón fácil. (p. 15-16)

Era prudente y responsable, aunque probablemente todavía un tanto inexperto.

(...) se iba los lunes a El Divino Rostro, la hacienda de ganado que heredó de su padre, y que él administraba con muy buen juicio aunque sin mucha fortuna. (p.12)

Había pasado, en la crisis de la adolescencia, por un amor tumultuoso con la dueña del burdel más popular.

María Alejandrina Cervantes, de quien decíamos que sólo había de dormir una vez para morir, fue la mujer más elegante y la más tierna que conocí jamás, (...) Fue ella quien arrasó con la virginidad de mi generación. Nos enseñó mucho más de lo que debíamos aprender, pero nos enseñó sobre todo que ningún lugar de la vida es más triste que una cama vacía. Santiago Nasar perdió el sentido desde que la vio por primera vez. Yo lo previne: Halcón que se atreve con garza guerrera, peligros espera. Pero él no me oyó, aturdido por los silbos quiméricos de María Alejandrina Cervantes. Ella

fue su pasión desquiciada, su maestra de lágrimas a los 15 años, hasta que Ibrahim Nasar [el padre] se lo quitó de la cama a correazos y lo encerró más de un año en El Divino Rostro. Desde entonces siguieron vinculados por un afecto serio, pero sin el desorden del amor, y ella le tenía tanto respeto que no volvió a acostarse con nadie si él estaba presente. (p.104-106)

Y había aceptado las leyes de su época y de su estirpe.

Los padres de Santiago Nasar y Flora Miguel se habían puesto de acuerdo para casarlos. Santiago Nasar aceptó el compromiso en plena adolescencia, y estaba resuelto a cumplirlo, tal vez porque tenía del matrimonio la misma concepción utilitaria que su padre. Flora Miguel, por su parte, gozaba de una cierta condición floral, pero carecía de gracia y de juicio y había servido de madrina de bodas a toda su generación, de modo que el convenio fue para ella una solución providencial. Tenían un noviazgo fácil, sin visitas formales ni inquietudes del corazón. La boda varias veces diferida estaba fijada por fin para la próxima Navidad. (p. 178)

Tenía buenos amigos

(...) los cuatro [Santiago Nasar, Cristo Bedoya, Luis Enrique, hermano del cronista, y el propio cronista] habíamos crecido juntos en la escuela, y luego en la misma pandilla de vacaciones, y nadie podía creer que tuviéramos un secreto sin compartir... (p. 68-69).

y era deseable para las mujeres.

Mi hermana sintió pasar el ángel. Pensó una vez más en la buena suerte de Flora Miguel, que tenía tantas cosas en la vida, y que iba a tener además a Santiago Nasar en la Navidad de ese año. "Me di cuenta de pronto de que no podía haber un partido mejor que él", me dijo. "Imagínate: bello, formal, y con una fortuna propia a los 21 años." (p. 33-34)

Era igual que su padre en todo, y odiado o amado por las mismas razones que él. Como ejemplo, sirve una escena de Santiago Nasar con las domésticas: Victoria Guzmán y su hija, Divina Flor.

A pesar de la edad, Victoria Guzmán se conservaba entera. La niña, todavía un poco montaraz, parecía sofocada por el ímpetu de sus glándulas. Santiago Nasar la agarró por la muñeca cuando ella iba a recibirle el tazón vacío.

-Ya estás en tiempo de desbravar -le dijo.

Victoria Guzmán le mostró el cuchillo ensangrentado.

-Suéltala, blanco -le ordenó en serio-. De esa agua no beberás mientras yo esté viva.

Había sido seducida por Ibrahim Nasar en la plenitud de la adolescencia. La había amado en secreto varios años en los establos de la hacienda, y la llevó a servir en su casa cuando se le acabó el afecto. Divina Flor, que era hija de un marido más reciente, se sabía destinada a la cama furtiva de Santia-

go Nasar, y esa idea le causaba una ansiedad prematura. "No ha vuelto a nacer otro hombre como ese", me dijo, gorda y mustia, y rodeada por los hijos de otros amores. "Era idéntico a su padre", le replicó Victoria Guzmán. "Un mierda." (p.18-20)

2. Algunos síntomas

El día en que lo iban a matar, Santiago Nasar se levantó a las 5.30 de la mañana para esperar el buque en que llegaba el obispo. Había soñado que atravesaba un bosque de higuerones donde caía una llovizna tierna, y por un instante fue feliz en el sueño, pero al despertar se sintió por completo salpicado de cagada de pájaros. "Siempre soñaba con árboles", me dijo Plácida Linero, su madre, evocando 27 años después los pormenores de aquel lunes ingrato.(...)

Había dormido poco y mal, sin quitarse la ropa, y despertó con dolor de cabeza y con un sedimento de estribo de cobre en el paladar, y los interpretó como estragos naturales de la parranda de bodas que se había prolongado hasta después de la media noche. Más aún: las muchas personas que encontró desde que salió de su casa a las 6.05 hasta que fue destazado como un cerdo una hora después, lo recordaban un poco soñoliento pero de buen humor, y a todos les comentó de un modo casual que era un día muy hermoso. (p. 9-10)

.....
Santiago Nasar era un hombre de fiestas, y su gozo mayor lo tuvo la víspera de su muerte, calculando los costos de la boda. En la iglesia estimó que habían puesto adornos florales por un valor igual al de catorce entierros de primera clase. Esa precisión había de perseguirme durante muchos años, pues Santiago Nasar me había dicho a menudo que el olor de las flores encerradas tenía para él una relación inmediata con la muerte, y aquel día me lo repitió al entrar en el templo. "No quiero flores en mi entierro", me dijo, sin pensar que yo había de ocuparme al día siguiente de que no las hubiera. En el trayecto de la iglesia a la casa de los Vicario sacó la cuenta de las guirnaldas de colores con que adornaron las calles; calculó el precio de la música y los cohetes, y hasta de la granizada de arroz crudo con que nos recibieron en la fiesta. (...) Santiago Nasar calculaba, y se lo dijo a Bayardo San Román, que la boda iba costando hasta ese momento unos nueve mil pesos. (...) Bayardo San Román (...) lo recibió de muy buen talante y hasta con una cierta jactancia.

-Casi -dijo-, pero apenas estamos empezando. Al final será más o menos el doble.

Santiago Nasar se propuso comprobarlo hasta el último céntimo, y la vida le alcanzó justo. En efecto, con los datos finales que Cristo Bedoya le dio al día siguiente en el puerto, 45 minutos antes de morir, comprobó que el pronóstico de Bayardo San Román había sido exacto. (p. 69-71)

.....

No hubo una sola persona, ni pobre ni rica, que no hubiera participado de algún modo en la parranda de mayor escándalo que se había visto jamás en el pueblo. Santiago Nasar soñó en voz alta.

-Así será mi matrimonio -dijo-. No les alcanzará la vida para contarlo. (p. 33)

Sueño de angustia, dolor de cabeza, presentimiento de la muerte, cálculos obsesivos... ¿Son suficientes indicios para prever un conflicto tan profundo como para conducir a de Santiago Nasar a una muerte “absurda” y prematura?

3. ¿Culpable o inocente de la deshonra? Testimonios

(...) lo que más le había alarmado [al juez] al final de su diligencia excesiva fue no haber encontrado un solo indicio, ni siquiera el menos verosímil, de que Santiago Nasar hubiera sido en realidad el causante del agravio.(p.159)

.....

Para él [el juez], como para los amigos más cercanos de Santiago Nasar, el propio comportamiento de éste en las últimas horas fue una prueba terminante de su inocencia.

La mañana de su muerte, en efecto, Santiago Nasar no había tenido un instante de duda, a pesar de que sabía muy bien cuál hubiera sido el precio de la injuria que le imputaban. Conocía la índole mojigata de su mundo, y debía saber que la naturaleza simple de los gemelos no era capaz de resistir al escarnio. Nadie conocía muy bien a Bayardo San Román, pero Santiago Nasar lo conocía bastante para saber que debajo de sus ínfulas mundanas estaba tan subordinado como cualquier otro a sus prejuicios de origen. De manera que su despreocupación consciente hubiera sido suicida. Además, cuando supo por fin en el último instante que los hermanos Vicario lo estaban esperando para matarlo, su reacción no fue de pánico, como tanto se ha dicho, sino que fue más bien el desconcierto de la inocencia.

Mi impresión personal es que murió sin entender su muerte. (...) No todos querían tanto a Santiago Nasar, por supuesto. Polo Carrillo, el dueño de la planta eléctrica, pensaba que su serenidad no era inocencia sino cinismo. "Creía que su plata lo hacía intocable", me dijo. Fausta López, su mujer, comentó: "Como todos los turcos." (p. 160-162)

Ángela Vicario, la única que podía realmente saber la verdad, mantenía su palabra.

Las amigas de Ángela Vicario que habían sido sus cómplices en el engaño siguieron contando durante mucho tiempo que ella las había hecho partícipes de su secreto desde antes de la boda, pero no les había revelado ningún nombre. En el sumario declararon: "Nos dijo el milagro pero no el santo." Ángela Vicario, por su parte, se mantuvo en su sitio. Cuando el juez instructor le preguntó con su estilo lateral si sabía quién era el difunto Santiago Nasar, ella le contestó impasible:

-Fue mi autor. (p. 159-160)

Y también.

[Ángela Vicario] nunca hizo ningún misterio de su desventura. Al contrario: a todo el que quiso oírle se la contaba con sus pormenores, salvo el que nunca se había de aclarar: quién fue, y cómo y cuándo, el verdadero causante de su perjuicio, porque nadie creyó que en realidad hubiera sido Santiago Nasar. Perteneían a dos mundos divergentes. Nadie los vio nunca juntos, y mucho menos solos. Santiago Nasar era demasiado altivo para fijarse en ella. "Tu prima la boba", me decía, cuando tenía que mencionarla. Además, como decíamos entonces, él era un gavián pollero. Andaba solo, igual que su padre, cortándole el cogollo a cuanta doncella sin rumbo empezaba a despuntar por esos montes, pero nunca se le conoció dentro del pueblo otra relación distinta de la convencional que mantenía con Flora Miguel, y de la tormentosa que lo enloqueció durante catorce meses con María Alejandrina Cervantes. La versión más corriente, tal vez por ser la más perversa, era que Ángela Vicario estaba protegiendo a alguien a quien de veras amaba, y había escogido el nombre de Santiago Nasar porque nunca pensó que sus hermanos se atreverían contra él. Yo mismo traté de arrancarle esta verdad cuando la visité por segunda vez con todos mis argumentos en orden, pero ella apenas si levantó la vista del bordado para rebatirlos.

-Ya no le des más vueltas, primo -me dijo-. Fue él. (p. 144-145)

Comentario I

Alvarado y col. (1984) consideran que esta novela es una versión encubierta del mito de Edipo. Afirman, en una primera aproximación, que Santiago Nasar se adecua muy bien al papel de chivo expiatorio y acepta pasivamente su sacrificio por un delito que no se sabe siquiera si cometió.

Granel, Sánchez Gabrielli y Hunio (1987), interesados en **el mito como sueño de los pueblos**, interpretan que en esta novela se cumple un mito universal, el de la víctima propiciatoria. "Hubo un acuerdo inconciente y coordinado -dicen- para realizar el crimen reivindicatorio; cada habitante tuvo una función para ejecutar un plan inconciente, rigurosamente determinado". Santiago Nasar, aunque no hubo pruebas precisas en su contra, fue la víctima expiatoria de las culpas por los 'males' de todos (parricidio-incesto).¹

¹ Los autores interpretan esta novela para ejemplificar el concepto de "conjunto orgánico coordinado" elaborado por ellos en trabajos anteriores. Este concepto se refiere a la combinación de fantasías inconcientes que estructura "un modelo de conductas grupales orientadas hacia un fin determinado e indefectiblemente cumplido". Aplican también conceptos de Bion y sostienen que "el grupo se movía en el nivel de los sueños y mitos, en términos de acción expulsiva y no de pensamiento".

Hasta aquí, estas interpretaciones permiten comprender que el crimen haya ocurrido, sin importar demasiado por qué la víctima elegida fue precisamente Santiago Nasar. Este aspecto es el que me interesa subrayar ahora.

En esta dirección, Alvarado y col. (1984) afirman que Santiago Nasar “cae víctima no sólo del pueblo sino de un superyó intensamente cruel que lo hace vivir con extrema culpabilidad sus fantasías parricidas e incestuosas, como si realmente hubiera cometido el incesto y el parricidio. Víctima también de unos padres que no pudieron o no quisieron ser en su momento adecuados continentes para esas fantasías”.

Creo que los párrafos culminantes de la obra nos ofrecen elementos llenos de significación que permiten profundizar en esta línea, y comprender más específicamente el drama personal de Santiago Nasar.

4. El desenlace

Unos minutos antes de su muerte, Santiago Nasar entró en la casa de su novia, quien, enterada de que lo querían matar y por qué, le hizo una escena que alborotó a la familia.

Nahir Miquel [el futuro suegro] salió del dormitorio al cabo de unos minutos, hizo una señal con la mano y la familia entera desapareció.

Siguió hablando en árabe a Santiago Nasar. "Desde el primer momento comprendí que no tenía la menor idea de lo que le estaba diciendo", me dijo. Entonces le preguntó en concreto si sabía que los hermanos Vicario lo buscaban para matarlo. "Se puso pálido, y perdió de tal modo el dominio, que no era posible creer que estaba fingiendo", me dijo. Coincidió en que su actitud no era tanto de miedo como de turbación.

*-Tú sabrás si ellos tienen razón, o no -le dijo-. Pero en todo caso, ahora no te quedan sino dos caminos: **o te escondes aquí, que es tu casa, o sales con mi rifle.***²

-No entiendo un carajo -dijo Santiago Nasar.

*Fue lo único que alcanzó a decir, y **lo dijo en castellano. "Parecía un pajarito mojado"**, me dijo Nahir Miguel. (...)*

-Serán dos contra uno -le dijo.

Santiago Nasar se fue. La gente se había situado en la plaza como en los días de desfiles. Todos lo vieron salir, todos comprendieron que ya sabía que lo iban a matar, y estaba tan azorado que no encontraba el camino de su casa. Dicen que alguien gritó desde un balcón: "Por ahí no, turco, por el puerto viejo." Santiago Nasar buscó la voz. Yamil Shaium le gritó que se metiera en su tienda, y entró a buscar su escopeta de caza, pero no recordó dónde había escondido los cartuchos. De todos lados empezaron a gritarle,

² En todas las transcripciones que realizo el destacado no pertenece al original.

y Santiago Nasar dio varias vueltas al revés y al derecho, deslumbrado por tantas voces a la vez. Era evidente que se dirigía a su casa por la puerta de la cocina, pero de pronto **debió darse cuenta de que estaba abierta la puerta principal.**

- Ahí viene -dijo Pedro Vicario.

(....) **Santiago Nasar estaba a menos de 50 metros de sus casa y corrió hacia la puerta principal.**

[Para comprender la escena que sigue recordemos que Victoria Guzmán y su hija Divina Flor eran las domésticas, y Plácida Linero, la madre de Santiago]

Cinco minutos antes, en la cocina, Victoria Guzmán le había contado a Plácida Linero lo que ya todo el mundo sabía. Plácida Linero era una mujer de nervios firmes, así que no dejó traslucir ningún signo de alarma. Le preguntó a Victoria Guzmán si le había dicho algo a su hijo, y ella le mintió a conciencia, pues contestó que todavía no sabía nada cuando él bajó a tomar el café. En la sala, donde seguía trapeando los pisos, Divina Flor vio al mismo tiempo que Santiago Nasar entró por la puerta de la plaza y subió por las escaleras de buque de los dormitorios. "Fue una visión nítida", me contó Divina Flor. "Llevaba el vestido blanco, y algo en la mano que no pude ver bien, pero me pareció un ramo de rosas." De modo que cuando Plácida Linero le preguntó por él, Divina Flor la tranquilizó.

-Subió al cuarto hace un minuto -le dijo.

(.....) A través de la puerta vio a los hermanos Vicario que venían corriendo hacia la casa con los cuchillos desnudos. Desde el lugar en que ella se encontraba podía verlos a ellos, pero no alcanzaba a ver a su hijo que corría desde otro ángulo hacia la puerta. "Pensé que querían meterse para matarlo dentro de la casa", me dijo. **Entonces corrió hacia la puerta y la cerró de un golpe. Estaba pasando la tranca cuando oyó los gritos de Santiago Nasar, y oyó los puñetazos de terror en la puerta, pero creyó que él estaba arriba, insultando a los hermanos Vicario desde el balcón de su dormitorio. Subió a ayudarlo.**

Santiago Nasar necesitaba apenas unos segundos para entrar cuando se cerró la puerta. Alcanzó a golpear varias veces con los puños, y en seguida se volvió para enfrentarse a manos limpias con sus enemigos. "Me asusté cuando lo vi de frente -me dijo Pablo Vicario-, porque me pareció como dos veces más grande de lo que era." Santiago Nasar levantó la mano para parar el primer golpe de Pedro Vicario, que lo atacó por el flanco derecho con el cuchillo recto.

-¡Hijos de puta! -gritó.

El cuchillo le atravesó la palma de la mano derecha, y luego se le hundió hasta el fondo en el costado. Todos oyeron su grito de dolor.

-¡Ay mi madre!

Pedro Vicario volvió a retirar el cuchillo con su pulso fiero de matarife, y le asestó **un segundo golpe casi en el mismo lugar.**(...) Tres veces herido

de muerte Santiago Nasar les dio otra vez el frente, y se apoyó de espaldas contra la puerta de su madre, sin la menor resistencia, como si sólo quisiera ayudar a que acabaran de matarlo por partes iguales. "No volvió a gritar", dijo Pedro Vicario al instructor. "Al contrario: me pareció que se estaba riendo." Entonces ambos siguieron acuchillándolo contra la puerta, con golpes alternos y fáciles, flotando en el remanso deslumbrante que encontraron del otro lado del miedo. (p. 182-189)

Comentario II

A mi entender, con estos fragmentos, la historia de Santiago Nasar puede ser comprendida utilizando los desarrollos de Chiozza (1963) acerca del psiquismo temprano en *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*.

En primer lugar, aunque muchos en el pueblo se reprochaban no haber avisado a Santiago Nasar que iban a matarlo, él lo supo a tiempo, y además recibió sugerencias concretas y factibles que habrían evitado su muerte: **o te escondes aquí, que es tu casa, o sales con mi rifle**. Pero no pudo hacer lo conveniente para salvarse. *"No entiendo un carajo", dijo en castellano y parecía un pajarito mojado.*

Responderle a su futuro suegro en castellano, cuando hasta ese momento venían hablando en árabe -el idioma que hablaba con su padre cuando estaban solos pero no cuando estaban en presencia de su madre-, evidencia que Santiago, en ese momento de angustia, percibe la presencia de su madre, **una madre que a él lo hace sentir como un pajarito mojado**. No puede oír entonces los adecuados y cariñosos ("es tu casa") consejos protectores de su suegro-padre. Para él, estos consejos son insuficientes. El hubiera necesitado que una mano firme le impidiera materialmente enfrentar, indefenso, una situación de extremo peligro.

Santiago Nasar se fue. (...) era evidente que se dirigía a su casa por la puerta de la cocina, pero de pronto debió darse cuenta de que estaba abierta la puerta principal.

A su vez, la madre

no alcanzaba a ver a su hijo que corría desde otro ángulo hacia la puerta. (...) corrió hacia la puerta y la cerró de un golpe.

Si uno pudiera ver simultáneamente lo que hace Santiago Nasar en la plaza y lo que hace su madre dentro de la casa, presenciara la realización de un acto fallido, compartido y siniestro, en el que un hijo corre en busca de protección y una madre corre para impedirle la entrada. Chiozza, siguiendo a Freud, suele subrayar que **"el acto fallido es un acto exitoso que se cumple exactamente en la medida del designio inconciente"**. Así, aunque nuestro ánimo se resista a creerlo, Santiago Nasar "sabía" que su madre corría a cerrar la puerta, y Plácida Linero, a su vez, "sabía" que su hijo corría para entrar por allí. Y se encontraron puntualmente para escenificar la tragedia.

Dado que nuestro análisis recae ahora en lo que le pasa a Santiago, podemos entender estos fragmentos como la puesta en acto, en el mundo “externo”, de fantasías inconcientes de Santiago Nasar.

El suegro representa un objeto interno padre cuya protección es ineficaz para atemperar la fuerza de los estímulos ideales, de modo que el yo queda expuesto a exigencias imposibles.

La madre, a su vez, representa un objeto interno madre que cierra el paso, quita la protección y expone a la muerte. Esta imago madre corresponde a fantasías muy anteriores a las que configuran la fase edípica; es una imago que arraiga en fantasías hepáticas y fetales (Chiozza, 1963). La puerta que la madre cierra no es entonces símbolo de una madre que prohíbe el incesto y “no lo deja entrar”; simboliza, por inversión, la puerta que la madre no abre, impidiendo la salida a la vida postnatal, al crecimiento y al objeto exogámico. Es una imago madre que mantiene al hijo encerrado en el narcisismo y el incesto, expuesto -indefenso- a excitaciones que matan.

Si observamos la escena misma del crimen parecen repetirse estos significados. *El cuchillo le atravesó la palma de la mano derecha, y luego se le hundió hasta el fondo en el costado. Y luego un segundo golpe casi en el mismo lugar.* La mano parece simbolizar una defensa insuficiente: la puñalada la atraviesa sin dificultad para ir a clavarse en el costado derecho. Si el hígado se asocia en lo inconciente a la imago madre que provee de la materia necesaria para corporizar los estímulos ideales (Chiozza, 1963), las dos primeras heridas mortales sobre la zona hepática simbolizan entonces una madre “chupasangre”, que priva de la materia necesaria, impide el crecimiento e, incluso, la vida.

Para un anclaje mayor de la interpretación propuesta recurrimos al informe de la autopsia. Por su intermedio la medicina procura establecer la “causa” de la muerte, pero nos ofrece también nuevas representaciones que ayudan confirmar el “porqué” que buscamos en el ámbito de los significados.³

La autopsia de Santiago Nasar le fue encargada al padre Amador, dado que el único médico del pueblo se había ido porque no quería estar el día que llegaba el obispo.

*(...) al margen de los destrozos en el cuerpo, el informe del padre Amador parecía correcto, y el instructor lo incorporó al sumario como una pieza útil. Siete de las numerosas heridas eran mortales. **El hígado estaba casi seccionado por dos perforaciones profundas en la cara anterior.** Tenía cuatro incisiones en el estómago, y una de ellas tan profunda que lo atravesó por completo y le destruyó el páncreas. Tenía otras seis perforaciones menores en el colon trasverso, y múltiples heridas en el intestino delgado.(...) La masa encefálica pesaba sesenta gramos más que*

³ “Causa” y “porqué” se utilizan aquí con el sentido que le da Chiozza (1975h) en La causa y el porqué de la enfermedad.

*la de un inglés normal, y el padre Amador consignó en el informe que Santiago Nasar tenía una **inteligencia superior y un porvenir brillante**. Sin embargo, en la nota final señalaba una **hipertrofia del hígado que atribuyó a una hepatitis mal curada**. "Es decir -me dijo-, que de todos modos le quedaban muy pocos años de vida". El doctor Dionisio Iguarán, que en efecto le había tratado una hepatitis a Santiago Nasar a los doce años, recordaba indignado aquella autopsia. "Tenía que ser cura para ser tan bruto", me dijo. "No hubo manera de hacerle entender nunca que la gente del trópico tenemos el hígado más grande que los gallegos". El informe concluía que la causa de la muerte fue una hemorragia masiva ocasionada por cualquiera de las siete heridas mayores. (p.120-122)*

Los datos de la autopsia confirman que las primeras puñaladas impactaron en el hígado y nos hace saber también que el conflicto "hepático" de Santiago tenía historia. En su síntesis más escueta, un trastorno hepato-gladular simboliza un trastorno en la capacidad de materializar los ideales o proyectos en cualquiera de las tres formas de expresión de esta capacidad: el crecimiento, la procreación o la sublimación (Chiozza, 1963).

El padre Amador parece haber leído el cuerpo de Santiago Nasar el conflicto de su alma: **una inteligencia superior y un porvenir brillante** -símbolo de los proyectos e ideales- y **una enfermedad hepática que lo llevaría a una muerte prematura** -símbolo de la incapacidad de materializarlos-.

La muerte de Santiago Nasar se produce en el momento en que él debía completar su **crecimiento** para acceder a la madurez y poder así concretar su casamiento, varias veces postergado, y hacer realidad su "porvenir brillante". Su muerte prematura adquiere entonces la significación de un aborto, de una promesa incumplida, de un proyecto que se derrumba, de golpe, en pleno proceso de ejecución.

II. Ángela y Bayardo

1. Bayardo San Román, el forastero que deslumbró a todos.

Llegó en el buque semanal con unas alforjas guarnecidas de plata que hacían juego con las hebillas de la correa y las argollas de los botines. Andaba por los treinta años, pero muy bien escondidos, pues tenía una cintura angosta de novillero, los ojos dorados, y la piel cocinada a fuego lento por el salitre. Llegó con una chaqueta corta y un pantalón muy estrecho, ambos de becerro natural, y unos guantes de cabritilla del mismo color. (p. 42)

.....
Nadie supo nunca a qué vino. A alguien que no resistió la tentación de preguntárselo, un poco antes de la boda, le contestó: "Andaba de pueblo en pueblo buscando con quien casarme." Podía haber sido verdad, pero lo mismo hubiera contestado cualquier otra cosa, pues tenía una manera de hablar que más bien le servía para ocultar que para decir.

La noche en que llegó dio a entender en el cine que era ingeniero de trenes (...). Al día siguiente tuvo que mandar un telegrama, y él mismo lo transmitió con el manipulador, y además le enseñó al telegrafista una fórmula suya para seguir usando las pilas agotadas. Con la misma propiedad había hablado de enfermedades fronterizas con un médico militar que pasó por aquellos meses haciendo la leva. (...) (p. 43-45)

*Lo conocí (...) cuando vine a las vacaciones de Navidad, y no lo encontré tan raro como decían. Me pareció atractivo, (...) más serio de lo que hacían creer sus travesuras, y de una tensión recóndita apenas disimulada por sus gracias excesivas. Pero **sobre todo, me pareció un hombre muy triste.** (p. 46)*

2. Ángela Vicario, una chica común.

Ángela Vicario era la hija menor de una familia de recursos escasos. Su padre, Poncio Vicario, era orfebre de pobres, y la vista se le acabó de tanto hacer primores de oro para mantener el honor de la casa. Purísima del Carmen, su madre, había sido maestra de escuela hasta que se casó para siempre. Su aspecto manso y un tanto afligido disimulaba muy bien el rigor de su carácter. "Parecía una monja", recuerda Mercedes. Se consagró con tal espíritu de sacrificio a la atención del esposo y a la crianza de los hijos, que a uno se le olvidaba a veces que seguía existiendo. Las dos hijas mayores se habían casado muy tarde. Además de los gemelos, tuvieron una hija intermedia que había muerto de fiebres crepusculares, y dos años después seguían guardándole un luto aliviado dentro de la casa, pero riguroso en la calle. Los hermanos fueron criados para ser hombres. Ellas habían sido educadas para casarse.

(...) Sin embargo, a los que se casaron con las dos mayores les fue difícil romper el cerco, porque siempre iban juntas a todas partes, y organizaban bailes de mujeres solas y estaban predispuestas a encontrar segundas intenciones en los designios de los hombres.

Ángela Vicario era la más bella de las cuatro (...). Pero tenía un aire desamparado y una pobreza de espíritu que le auguraban un porvenir incierto. Yo volvía a verla año tras año, durante mis vacaciones de Navidad, cada vez parecía más desvalida en la ventana de su casa, donde se sentaba por la tarde a hacer flores de trapo y a cantar valeses de solteras con sus vecinas. (...) De pronto, poco antes del luto de la hermana, la encontré en la calle por primera vez, vestida de mujer y con el cabello rizado, y apenas si pude creer que fuera la misma. Pero fue una visión momentánea: su penuria de espíritu se agravaba con los años. (p. 50-53)

3. Del encuentro al casamiento.

Nunca se estableció muy bien cómo se conocieron. La propietaria de la pensión de hombres solos donde vivía Bayardo San Román, contaba que éste estaba haciendo la siesta en un mecedor de la sala, a fines de setiembre, cuando Ángela Vicario y su madre atravesaron la plaza con dos canastas de flores artificiales. Bayardo San Román despertó a medias, vio las dos mujeres vestidas de negro inclemente que parecían los únicos seres vivos en el marasmo de las dos de la tarde, y preguntó quién era la joven. La propietaria le contestó que era la hija menor de la mujer que la acompañaba, y que se llamaba Ángela Vicario. Bayardo San Román las siguió con la mirada hasta el otro extremo de la plaza.

-Tiene el nombre bien puesto -dijo.

Luego recostó la cabeza en el espaldar del mecedor, y volvió a cerrar los ojos.

-Cuando me despierte -dijo-, recuérdame que me voy a casar con ella.

(...)Tres personas que estaban en la pensión confirmaron que el episodio había ocurrido pero otras cuatro no lo creyeron cierto. En cambio, todas las versiones coincidían en que Ángela Vicario y Bayardo San Román se habían visto por primera vez en las fiestas patrias de octubre, durante una verbena de caridad en la que ella estuvo encargada de cantar las rifas. Bayardo San Román llegó a la verbena y fue derecho al mostrador atendido por la rífera lánguida cerrada de luto hasta la empuñadura, y le preguntó cuánto costaba la ortofónica con incrustaciones de nácar que había de ser el atractivo mayor de la feria. Ella le contestó que no estaba para la venta sino para rifar

-Mejor -dijo él-, así será más fácil, y además, más barata.

Ella me confesó que había logrado impresionarla, pero por razones contrarias del amor. "Yo detestaba a los hombres altaneros, y nunca había visto uno con tantas ínfulas", me dijo, evocando aquel día. "Además, pensé

que era un polaco." Su contrariedad fue mayor cuando cantó la rifa de la ortofónica, en medio de la ansiedad de todos, y en efecto se la ganó Bayardo San Román. No podía imaginarse que él, sólo por impresionarla, había comprado todos los números de la rifa. Esa noche, cuando volvió a su casa, Ángela Vicario encontró allí la ortofónica envuelta en papel de regalo y adornada con un lazo de organza. (p.46-49)

La diferencia entre los novios hacía prever el infortunio.

(...) cuando se supo que Bayardo San Román quería casarse con ella, muchos pensaron que era una perfidia de forastero.

La familia [de Ángela] no sólo lo tomó en serio, sino con un grande alborozo. Salvo Pura Vicario, quien puso como condición que Bayardo San Román acreditara su identidad. Hasta entonces nadie sabía quién era. Su pasado no iba más allá de la tarde en que desembarcó con su atuendo de artista, y era tan reservado sobre su origen que hasta el engendro más demente podía ser cierto. (...)

Bayardo San Román le puso término a tantas conjeturas con un recurso simple: trajo a su familia en pleno. Eran cuatro: el padre, la madre y dos hermanas perturbadoras. (...) la carta grande era el padre: el general Petronio San Román, héroe de las guerras civiles del siglo anterior, y una de las glorias mayores del régimen conservador (...). Desde que asomó por la ventana del automóvil saludando con el sombrero blanco, todos lo reconocieron por la fama de sus retratos. (...) **y no tuvo más que aparecer en el pescante para que todo el mundo se diera cuenta de que Bayardo San Román se iba a casar con quien quisiera.**

Era Ángela Vicario quien no quería casarse con él. "Me parecía demasiado hombre para mí", me dijo. Además, Bayardo San Román no había intentado siquiera seducirla a ella, sino que hechizó a la familia con sus encantos. Ángela Vicario no olvidó nunca el horror de la noche en que sus padres y sus hermanas mayores con sus maridos, reunidos en la sala de la casa, le impusieron la obligación de casarse con un hombre que apenas había visto. (...) El argumento decisivo de los padres fue que una familia dignificada por la modestia no tenía derecho a despreciar aquel premio del destino. Ángela Vicario se atrevió apenas a insinuar el inconveniente de la falta de amor, pero su madre lo demolió con una sola frase:

-También el amor se aprende. (p. 53-56)

.....

Bayardo San Román (...) **debió casarse con la ilusión de comprar la felicidad con el peso descomunal de su poder y su fortuna**, pues cuanto más aumentaban los planes de la fiesta más ideas de delirio se le ocurrían para hacerla más grande. (p.63)

.....

El único sobresalto imprevisto lo causó el novio en la mañana de la boda, pues llegó a buscar a Ángela Vicario con dos horas de retraso, y ella se

había negado a vestirse de novia mientras no lo viera en la casa. "Imagínate -me dijo-: hasta me hubiera alegrado que no llegara, pero nunca que me dejara vestida." (p. 67)

Y en la fiesta el padre de Ángela...

La imagen más intensa que siempre conservé de aquel domingo indeseable fue la del viejo Poncio Vicario sentado solo en un taburete en el centro del patio. Lo habían puesto ahí pensando quizás que era el sitio de honor, y los invitados tropezaban con él, lo confundían con otro, lo cambiaban de lugar para que no estorbara, y él movía la cabeza nevada hacia todos lados con una expresión errática de ciego demasiado reciente, contestando preguntas que no eran para él y respondiendo saludos fugaces que nadie le hacía, feliz en su cerco de olvido, con la camisa acartonada de engrudo y el bastón de guayacán que le habían comprado para la fiesta. (p. 72)

4. La devolución

[La madre de Ángela] Se había dormido a fondo cuando tocaron a la puerta. "Fueron tres toques muy despacio -le contó a mi madre-, pero tenían esa cosa rara de las malas noticias." Le contó que había abierto la puerta sin encender la luz para no despertar a nadie, y vio a Bayardo San Román en el resplandor del farol público, con la camisa de seda sin abotonar y los pantalones de fantasía sostenidos con tirantes elásticos. "Tenía ese color verde de los sueños", le dijo Pura Vicario a mi madre. Ángela Vicario estaba en la sombra, de modo que sólo la vio cuando Bayardo San Román la agarró por el brazo y la puso en la luz. Llevaba el traje de raso en piltrafas y estaba envuelta con una toalla hasta la cintura. (...)

Bayardo San Román no entró, sino que empujó con suavidad a su esposa hacia el interior de la casa, sin decir una palabra. Después besó a Pura Vicario en la mejilla y le habló con una voz de muy hondo desaliento pero con mucha ternura.

-Gracias por todo, madre -le dijo-. Usted es una santa. (p. 75-77)

Varios días después.

Bayardo San Román estaba inconsciente en la cama, todavía como lo había visto Pura Vicario en la madrugada del martes con el pantalón de fantasía y la camisa de seda, pero sin los zapatos. Había botellas vacías por el suelo, y muchas más sin abrir junto a la cama, pero ni un rastro de comida. "Estaba en el último grado de intoxicación etílica", me dijo el doctor Dionisio Iguarán, que lo había atendido de emergencia. Pero se recuperó en pocas horas, y tan pronto como recobró la razón los echó a todos de la casa con los mejores modos de que fue capaz.

-Que nadie me joda -dijo-. Ni mi papá con sus pelotas de veterano. (p. 135-136)

4. El camino del reencuentro.

El cronista visitó a Ángela Vicario 23 años después del drama.

*Me trató igual que siempre, como un primo remoto, y contestó a mis preguntas con muy buen juicio y con sentido del humor. Era tan madura e ingeniosa, que costaba trabajo creer que fuera la misma. Lo que más me sorprendió fue la forma en que había terminado por entender su propia vida. Al cabo de pocos minutos ya no me pareció tan envejecida como a primera vista, sino casi tan joven como en el recuerdo, y no tenía nada en común con la que habían obligado a casarse sin amor a los 20 años. Su madre, de una vejez mal entendida, me recibió como a un fantasma difícil. Se negó a hablar del pasado, y tuve que conformarme para esta crónica con algunas frases sueltas de sus conversaciones con mi madre, y otras pocas rescatadas de mis recuerdos. **Había hecho más que lo posible para que Ángela Vicario se muriera en vida, pero la misma hija le malogró los propósitos, porque nunca hizo ningún misterio de su desventura. (...)***

*Todo (...) lo contó sin reticencias, hasta el desastre de la noche de bodas. Contó que sus amigas la habían adiestrado para que emborrachara al esposo en la cama hasta que perdiera el sentido, que aparentara más vergüenza de la que sintiera para que él apagara la luz, que se hiciera un lavado drástico de aguas de alumbre para fingir la virginidad, y que manchara la sábana con mercurio cromo para que pudiera exhibirla al día siguiente en su patio de recién casada. Sólo dos cosas no tuvieron en cuenta sus coberteras: la excepcional resistencia de bebedor de Bayardo San Román, y **la decencia pura que Ángela Vicario llevaba escondida dentro de la estolidez impuesta por su madre.** "No hice nada de lo que me dijeron -me dijo- porque mientras más lo pensaba más me daba cuenta de que todo aquello era una porquería que no se le podía hacer a nadie, y **menos al pobre hombre que había tenido la mala suerte de casarse conmigo.**" De modo que se dejó desnudar sin reservas en el dormitorio iluminado, a salvo ya de todos los miedos aprendidos que le habían malogrado la vida: **"Fue muy fácil -me dijo-, porque estaba resuelta a morir."***

***La verdad es que hablaba de su desventura sin ningún pudor para disimular la otra desventura, la verdadera, que le abrasaba las entrañas.** Nadie hubiera sospechado siquiera, hasta que ella se decidió a contármelo, que **Bayardo San Román estaba en su vida para siempre desde que la llevó de regreso a su casa.** Fue un golpe de gracia. "De pronto, cuando mamá empezó a pegarme, empecé a acordarme de él", me dijo. Los puñetazos le dolían menos porque sabía que eran por él. Siguió pensando en él con un cierto asombro de sí misma cuando sollozaba tumbada en el sofá del comedor. (...)*

Llevaba mucho tiempo pensando en él sin ninguna ilusión cuando tuvo que acompañar a su madre a un examen de la vista en el hospital de Riohacha.

Entraron de pasada en el Hotel del puerto, a cuyo dueño conocían, y Pura Vicario pidió un vaso de agua en la cantina. Se lo estaba tomando, de espaldas a la hija, cuando ésta **vio su propio pensamiento reflejado en los espejos repetidos de la sala**. Ángela Vicario volvió la cabeza con el último aliento, y lo vio pasar a su lado sin verla, y lo vio salir del hotel. Luego miró otra vez a su madre con el corazón hecho trizas. Pura Vicario había acabado de beber, se secó los labios con la manga y le sonrió desde el mostrador con los lentes nuevos. **En esa sonrisa, por primera vez desde su nacimiento, Ángela Vicario la vio tal como era: una pobre mujer consagrada al culto de sus defectos.** "Mierda", se dijo. Estaba tan trastornada, que hizo todo el viaje de regreso cantando en voz alta, y se tiró en la cama a llorar durante tres días.

Nació de nuevo. "Me volví loca por él -me dijo-, loca de remate." Le bastaba cerrar los ojos para verlo, lo oía respirar en el mar, la despertaba a media noche el fogaje de su cuerpo en la cama. A fines de esa semana, sin haber conseguido un minuto de sosiego, le escribió la primera carta. Fue una esquila convencional, en la cual le contaba que lo había visto salir del hotel, y que le habría gustado que él la hubiera visto. Esperó en vano una respuesta. Al cabo de dos meses, cansada de esperar, le mandó otra carta en el mismo estilo sesgado de la anterior, cuyo único propósito parecía ser reprocharle su falta de cortesía. Seis meses después había escrito seis cartas sin respuestas, pero se conformó con la comprobación de que él las estaba recibiendo.

Dueña por primera vez de su destino, Ángela Vicario descubrió entonces que el odio y el amor son pasiones recíprocas. Cuantas más cartas mandaba más encendía las brasas de su fiebre, pero más calentaba también el rencor feliz que sentía contra su madre. "Se me revolvían las tripas de sólo verla -me dijo-, pero no podía verla sin acordarme de él." (...) Se volvió lúcida, imperiosa, maestra de su albedrío, y volvió a ser virgen sólo para él, y no reconoció otra autoridad que la suya ni más servidumbre que la de su obsesión.

Escribió una carta semanal durante media vida. "A veces no se me ocurría qué decir -me dijo muerta de risa-, pero me bastaba con saber que él las estaba recibiendo." Al principio fueron esquelas de compromiso, después fueron **papelitos de amante furtiva, billetes perfumados de novia fugaz, memoriales de negocios, documentos de amor, y por último fueron las cartas indignas de una esposa abandonada que se inventaba enfermedades crueles para obligarlo a volver.** (...) Lo único que **no se le ocurrió fue renunciar.** Sin embargo, él parecía insensible a su delirio: era como escribirle a nadie.

Una madrugada de vientos, por el año décimo, la despertó la certidumbre de que él estaba desnudo en su cama. Le escribió entonces una carta febril de veinte pliegos en la que **soltó sin pudor las verdades amargas que llevaba podridas en el corazón** desde su noche funesta. Le habló de las lacras eternas que él había dejado en su cuerpo, **de la sal de su lengua,**

*de la trilla de fuego de su verga africana. Se la entregó a la empleada del correo, que iba los viernes en la tarde a bordar con ella para llevarse las cartas, y se quedó convencida de que aquel desahogo terminal sería el último de su agonía. Pero no hubo respuesta. A partir de entonces ya no era consciente de lo que escribía, ni a quien le escribía a ciencia cierta, pero siguió escribiendo sin cuartel durante **diecisiete años**. Un medio día de agosto, mientras bordaba con sus amigas, sintió que alguien llegaba a la puerta. No tuvo que mirar para saber quién era. **"Estaba gordo y se le empezaba a caer el pelo, y ya necesitaba espejuelos para ver de cerca"**, me dijo. **"Pero era él, carajo, era él!"** Se asustó, porque **sabía que él la estaba viendo tan disminuida como ella lo estaba viendo a él, y no creía que tuviera dentro tanto amor como ella para soportarlo**. Tenía la camisa empapada de sudor, como lo había visto la primera vez en la feria, y llevaba la misma correa y las mismas alforjas de cuero descosido con adornos de plata. Bayardo San Román dio un paso adelante, sin ocuparse de las otras bordadoras atónitas, y puso las alforjas en la máquina de coser. -Bueno -dijo-, aquí estoy.*

Llevaba la maleta de la ropa para quedarse, y otra maleta igual con casi dos mil cartas que ella le había escrito. Estaban ordenadas por sus fechas, en paquetes cosidos con cintas de colores, y todas sin abrir. (p. 142-153)

Comentario

La historia de Bayardo y Ángela es, al menos en lo manifiesto, una historia colateral, como si fuera una pequeña novela dentro de la novela. A primera vista se trata de una historia romántica que hasta puede parecer trivial. Pero vista en detalle, se llena de un significado conmovedor.

Bayardo San Román es un hombre que pese a sus treinta años no es un hombre maduro. Posee condiciones, conocimientos pero no ha configurado esa amalgama adecuada y propia que constituye una identidad bien lograda. De ahí que tras su enorme poder, que toma prestado de su padre sin haberlo hecho propio, es un "hombre muy triste". Que se ilusiona con **"comprar la felicidad con el peso descomunal de su poder y su fortuna"**. Que cuando su ilusión se derrumba ataca a su padre, su modelo imposible y considera a su suegra, símbolo materno, **"una santa"**.

Pero en esta historia la figura que más importa es la de Ángela Vicario. Es el personaje que más evoluciona dentro de la novela y su proceso está detalladamente descrito.⁴

⁴ El análisis que sigue su sustenta especialmente en "El significado del hígado en el mito de Prometeo" (Chiozza, 1966b), "El contenido latente del horror al incesto y su relación con el cáncer. (Chiozza, 1969e) y "La consumación del incesto" (Chiozza, 1970a)

En su primer encuentro con Bayardo, ella, desde el encierro narcisista e incestuoso en el que se encontraba, lo vio arrogante, lleno de ínfulas, y además, como un extraño, creyó que era polaco.

Después de la propuesta de casamiento, melancólica pero un poco más integrada, presentía que así la relación con Bayardo San Román no era viable, “le parecía que era demasiado hombre para ella”, y su mayor temor fue que “la dejara vestida”. De todas maneras carecía de fuerza propia para oponerse a los designios paternos.

El proceso que la llevó a ser “dueña de su destino” comenzó a consolidarse cuando su “decencia pura” le permitió asumirse a sí misma tal cual era y, “a salvo de todos los miedos aprendidos”, “no hizo nada de lo que le dijeron”: no engañó al marido y prefirió enfrentarse con la realidad. Y si le resultó fácil, como ella dice, fue porque estaba dispuesta a pagar el precio que fuera, en sus palabras, “**estaba resuelta a morir**”.

De todas maneras, éste es sólo un paso más en el largo proceso de elaboración. En este momento, ella se ve a sí misma indigna, y a él como a ese “pobre hombre que había tenido la mala suerte de casarse” con ella. Por eso él entra “*en su vida para siempre desde que la llevó de regreso a su casa.*” Porque él, al devolverla, al rechazarla, deviene para ella el portador de su expediente, el hombre para quien vale la pena vivir, el único que sabe lo insignificante que ella es, y por eso, el único de quien importa recibir la absolución.⁵

Sin embargo, en pleno enamoramiento, mientras la proyección del ideal es masiva, el acercamiento es imposible. El paso siguiente se cumple en la escena en que ella ve a Bayardo repetido en los espejos de la sala y en la misma escena, a su madre. Los espejos que repiten la imagen parecen aquí un símbolo de la posibilidad de ejercer la acción “biliar” de desmenuzar el ideal en partes, y verlo a través del espejo implica también la posibilidad de ver no en forma directa, sino mediatizada, el ideal enceguedor (Chiozza, 1963). En la misma escena cuando puede ver al ideal, cuando disminuye la idealización, vio de otro modo también a su madre, otro aspecto ideal, el ideal perseguidor, y por **primera vez desde su nacimiento, Ángela Vicario la vio tal como era: una pobre mujer consagrada al culto de sus defectos.**

A partir de allí comienza el acercamiento, un acercamiento progresivo y lento, otra vez mediatizado, en este caso, por las cartas. En el trabajo elaborativo, Ángela Vicario va pasando por distintos momentos. Temor frente a un ideal todavía distante -*papelitos de amante furtiva*-, seducción -*billetes perfumados de novia fugaz*-, extorsión melancólica -*cartas indignas de una esposa abandonada que se inventaba enfermedades crueles para obligarlo a volver*-. Pero en su ir y venir tentativo, tuvo el mérito de no renunciar porque sentía que el objetivo no era imposible.

⁵ Cfr. Chiozza y colab. (1995) El significado inconciente específico del SIDA.

Recién en el décimo año pudo soltar *sin pudor las verdades amargas que llevaba podridas en el corazón* , y alejada al fin de los objetos incestuosos infantiles pudo aceptar su propia genitalidad incipiente y valorarlo a él como objeto sexual.

Debieron pasar diecisiete años desde la primera carta, símbolo del doloroso y lento proceso que es necesario para salir del narcisismo y el incesto, completar la materialización de la identidad y acceder a la genitalidad.

Recién entonces Ángela pudo ver a Bayardo **tal cual era** -gordo, un poco pelado, con anteojos, pero “era él”- y amarlo. Pensó, sin embargo, que él también la vería a ella con sus debilidades, y creyó que él no tendría suficiente amor para aceptarla. Le faltaba todavía la respuesta del objeto, la respuesta de la realidad, para confirmar que su proceso se había cumplido.

La historia de Ángela y Bayardo se interrumpe aquí. No sabemos cómo continuará. Pero eso no es lo que más importa ahora. Lo que importa es que **Ángela es la contrafigura exacta de Santiago Nasar**. Ella es quien pudo malograr los propósitos de ese “objeto interno madre siniestra” que había hecho más que lo posible para que se muriera en vida. **Se constituye así en símbolo de quien logra nacer y florecer a la vida.**

Pero aún hay otra historia.

III. El cronista

1. Un personaje especial.

En primera instancia podría parecer que el cronista no posee ninguna importancia en la trama de esta novela, y que es sólo un recurso literario del autor, carente de un significado propio. En este caso, no es así.

El cronista es aquí **un personaje especial** que habla de sí mismo en dos tiempos diferentes. En primer lugar cuenta sobre un “**allá y entonces**” en el que participó de los hechos que relata. Pero también habla de sí mismo como alguien que, **aquí y ahora**, casi treinta años después, realiza una trabajosa indagación para escribir su crónica.⁶

Como personaje de allá y entonces, su participación es colateral, no más significativa que la de otros amigos de Santiago Nasar. Como siempre aparece en primera persona no se conoce su nombre ni su apellido. Es dable pensar que en aquel entonces tenía aproximadamente 20 ó 21 años, ya que era compañero de escuela de Santiago, que cuando murió tenía 21. Vivía con sus padres y varios hermanos: Margot, Luis Enrique, “mi hermana la monja”, y otros hermanos menores. Su madre era madrina de Santiago Nasar y tenía un parentesco de sangre con Pura Vicario, de modo que él mismo es pariente de Ángela: ella lo llama “primo”. Seguía estudios universitarios en algún otro lugar, pero en los días que se desarrolla la tragedia estaba de vacaciones en su pueblo. Él, su hermano Luis Enrique, Cristo Bedoya y Santiago Nasar eran muy buenos amigos.

En la fiesta de casamiento, el día anterior a la muerte de Santiago

Yo estuve con él todo el tiempo, en la iglesia y en la fiesta, junto con Cristo Bedoya y mi hermano Luis Enrique, y ninguno de nosotros vislumbró el menor cambio en su modo de ser. (p. 68)

Incluso, terminada la fiesta

Santiago Nasar y yo, con mi hermano Luis Enrique y Cristo Bedoya, nos fuimos para la casa de misericordias de María Alejandrina Cervantes. Por allí pasaron entre muchos otros los hermanos Vicario, y estuvieron bebiendo con nosotros y cantando con Santiago Nasar cinco horas antes de matarlo. (p.74)

⁶ Si bien su labor de investigación le insume varios años, más allá de la cantidad de tiempo cronológico, entiendo que realiza su tarea dentro de un “tiempo primordial” que por su significación es indivisible (Chiozza, 1980f). Podríamos decir que se trata de una unidad de tiempo -“el tiempo de esta indagación y esta crónica”- y que tiene un valor de actualidad que equivale a un **aquí y ahora**. Dicho sea de paso, en ningún momento se hace explícito para quién escribe el cronista. El destinatario es ambiguo pero familiar, porque nombra personajes sin hacer ninguna aclaración suponiendo que el destinatario sabe a quien se refiere.

Es decir que tenía una relación muy estrecha con los participantes del drama. Como es de imaginar, la muerte del amigo significó una enorme conmoción.

Durante años no pudimos hablar de otra cosa. Nuestra conducta diaria, dominada hasta entonces por tantos hábitos lineales, había empezado a girar de golpe en torno de una misma ansiedad común. Nos sorprendían los gallos del amanecer tratando de ordenar las numerosas casualidades encadenadas que habían hecho posible el absurdo, y era evidente que no lo hacíamos por un anhelo de esclarecer misterios, sino porque ninguno de nosotros podía seguir viviendo sin saber con exactitud cuál era el sitio y la misión que le había asignado la fatalidad. Muchos se quedaron sin saberlo. (p. 154)

Durante años no pudieron hablar de otra cosa, pero evidentemente, el trauma para él fue quedando en el olvido. A tal punto que para poder recordar toda esta historia el cronista decidió volver

(...) a este pueblo olvidado tratando de recomponer con tantas astillas dispersas el espejo roto de la memoria. (p.14)

¿Por qué **ahora**, tantos años después, este interés, aparentemente repentino?
¿Por qué se “entretiene” varios años en la nostalgia de reconstruir un hecho de su juventud? ¿Qué es, en realidad, lo que el cronista quiere saber?

No sabemos bien cuándo comenzó esta búsqueda, pero el cronista, como al pasar, dice que

*(...) en una época incierta en que trataba de entender algo de mí mismo vendiendo enciclopedias y libros de medicina por los pueblos de la Guajira, me llegué **por casualidad** hasta aquel moridero de indios. (p. 142)*

Allí vivía Ángela Vicario -él lo sabía bien- y “casualmente”, se encuentra con ella por primera vez **“23 años después del drama”** (p. 142). En la primera página lo encontramos “evocando **27 años después los pormenores de aquel lunes ingrato**” (p. 14). Si estos fueron los cinco años que le insumió la tarea de indagación, todo parece indicar que su inquietud comenzó alrededor de aquella **época incierta** en que **trataba de entender algo de su vida**.⁷ Tendría entonces aproximadamente 43 años.

Pero el cronista no retorna nostálgicamente a un pasado indefinido, a todo su pasado. Es una necesidad de reconstruir precisamente la historia de aquellos días, y activamente decide (...) *rescatarla a pedazos de la memoria ajena* (p.71). Algo quedó sin comprender de aquella vivencia traumática y si no se resigna a dejarla en el olvido es porque presiente que necesita comprender aquello para entender algo de sí mismo.

⁷ Da toda la impresión de que cuando el cronista consigna los años con signos numéricos quiere destacar que el dato es preciso, con un valor diferente a cuando dice, por ejemplo, *veinte años después del crimen*. En este caso se refiere imprecisamente a una veintena de años.

2. La vocación por los significados

En la crónica de lo que pasó allá y entonces ya podemos ver de dónde le viene esa curiosidad, esa inquietud impostergable por comprender. Según cuenta, su madre parece poseer una particular sabiduría, una sabiduría que le nace de lo que podríamos llamar su capacidad de comprender significados, o, al menos, buscarlos. Señalemos en primer lugar un detalle que muestra esta inclinación materna.

Mi madre me escribió al colegio a fines de agosto y me decía en una nota casual: "Ha venido un hombre muy raro." En la carta siguiente me decía: El hombre raro se llama Bayardo San Román, y todo el mundo dice que es encantador, pero yo no lo he visto. (p. 43)

*(...) le dio la bendición final en una carta de octubre. "La gente lo quiere mucho -me decía- por que es honrado y de buen corazón, y el domingo pasado comulgó de rodillas y ayudó a la misa en latín". En ese tiempo no estaba permitido comulgar de pie y sólo se oficiaba en latín, **pero mi madre suele hacer esa clase de precisiones superfluas cuando quiere llegar al fondo de las cosas.** (p. 45)*

El hecho de que la madre haga ese tipo de precisiones superfluas para llegar al fondo de las cosas -y también el hecho de que el cronista comprenda esas sutilezas- semeja la captación freudiana de que **en los pequeños detalles** -de la asociación libre, por ejemplo- el psicoanalista suele encontrar las claves para comprender lo reprimido (el fondo de las cosas).

Pero veamos algo más.

*[Mi madre] se enteraba de todo antes que nadie en la casa, a pesar de que hacía años que no salía a la calle, ni siquiera para ir a misa. **Yo apreciaba esa virtud suya** desde que empecé a levantarme temprano para ir a la escuela. La encontraba como era en aquellos tiempos, lívida y sigilosa, barrriendo el patio con una escoba de ramas en el resplandor ceniciento del amanecer, y **entre cada sorbo de café me iba contando** lo que había ocurrido en el mundo mientras nosotros dormíamos. Parecía tener hilos de comunicación secreta con la otra gente del pueblo, sobre todo con la de su edad, y a veces nos sorprendía con noticias anticipadas que no hubiera podido conocer sino por artes de adivinación. (p.36)*

Sin embargo, no se había enterado de la devolución de Ángela Vicario ni de la intención de los mellizos de matar a Santiago Nasar.

*Entonces [mi hermana] le contó. "Pero fue como si ya lo supiera", me dijo. "Fue lo mismo de siempre, que uno empieza a contarle algo, **y antes de que el cuento llegue a la mitad ya ella sabe cómo termina.**" (p.39)*

Esta segunda frase parece disolver el enigma de la cita anterior. Lo que parece arte de adivinación es, en realidad, capacidad de comprender significados completos, de modo que conoce el final del cuento "antes de que uno llegue a la mitad".

Por eso el hijo gozaba al escucharla. Ella no le transmitía información, le transmitía información llena de sentido. Esta virtud materna -que el cronista apreciaba- fue un alimento espiritual que se fue haciendo carne en él desde niño junto a cada sorbo de café con que la madre lo nutría. Hoy, para él, su necesidad de comprender un significado oscuro es tan perentoria como la sed o el hambre.

3. Su crisis actual. Crónica e historia

Tenemos entonces un hombre que, en la década de los cuarenta, atraviesa una larga crisis y procura volver sobre un “trauma olvidado” porque siente la necesidad de “llenar la lagunas mnémicas”.

Chiozza (1976a) afirma taxativamente que “el recuerdo, todo recuerdo de aquello que ocurrió (...) es una representación o apariencia de aquello que está ocurriendo actualmente”. De modo que si queremos comprender más en **profundidad qué le pasa al cronista ahora** debemos escuchar sus recuerdos y, sobre todo, comprender qué representan.

Con el material de su crónica hemos recortado dos relatos. Uno colateral o secundario, el de Bayardo y Ángela, que es más breve, pero **también más transparente en su significado**. Esta posibilidad del cronista de construir una historia completa y su descripción suficientemente detallada del proceso que le permitió a Ángela Vicario llegar al encuentro con el objeto exogámico indica que éste no sería el problema del cronista. Quizás porque él mismo ya lo había pasado, tal vez, incluso, con dificultades similares y con el mismo resultado positivo que Ángela.

*En el curso de las indagaciones para esta crónica recobré numerosas vivencias marginales. (...) Muchos sabían que en la inconsciencia de la parranda le propuse a Mercedes Barcha que se casara conmigo, cuando apenas había terminado la escuela primaria, **tal como ella misma me lo recordó cuando nos casamos catorce años después.***

En cambio, para el cronista, **lo que ocurrió con Santiago Nasar, está lleno de misterio, y la investigación llena de penuria.**

*Pero nunca supe su nombre [el del juez]. Todo lo que sabemos de su carácter es aprendido en el sumario, que numerosas personas me ayudaron a buscar veinte años después del crimen en el Palacio de Justicia de Riohacha. No existía clasificación alguna en los archivos, y más de un siglo de expedientes estaban amontonados en el suelo del decrepito edificio colonial que fuera por dos días el cuartel general de Francis Drake. La planta baja se inundaba con el mar de leva, y los volúmenes descosidos flotaban en las oficinas desiertas. **Yo mismo exploré muchas veces con las aguas hasta los tobillos aquel estanque de causas perdidas, y sólo una casualidad me permitió rescatar al cabo de cinco años de búsqueda unos 322 pliegos salteados de los más de 500 que debió de tener el sumario.***

El desorden en el juzgado parece aquí una adecuada representación del inconsciente, cuando necesitamos indagar en él para recuperar **un significado reprimido**. El expediente incompleto simbolizaría que lo que él encuentra es insuficiente para completar el significado que busca, pese a que numerosas personas le ayudaron. De modo que desconocer el nombre del juez parece aquí un símbolo de que no sabe a quién consultar para entender. Pero el juez y el juzgado mismo aluden sobre todo a que el cronista, aunque sea oscuramente, **se siente en falta**, aunque tampoco comprende bien cuál es el “su delito” o “su culpa” que es necesario “juzgar”. Ya el problema de si Santiago era o no culpable lo intrigó a lo largo de toda su crónica.

Y la historia de Santiago sigue siendo para él un enorme misterio.

Chiozza suele decir que el médico con poca experiencia consigna en la historia clínica todos los datos posibles por temor de que se le pase por alto algo significativo. De este modo es quien la lee el que debe comprender el sentido de la información. Como contrafigura, las historias clínicas de Weizsaecker -dice-, con la información imprescindible, están llenas de significación.

Así, el cronista se cuida de consignar todo, desde lo más trascendente hasta lo más insignificante. Se preocupa, por ejemplo, obsesivamente, de registrar las diferentes opiniones acerca de si el día del crimen, a las 7 de la mañana, llovía o no llovía. O dónde estaba cada quién en ese momento, aunque su participación la tragedia hubiese sido insignificante. Es por este motivo también que consigna, con horas y minutos los hechos que pudo ir reconstruyendo y sobre todo es por eso que a su historia la llama “crónica”.

Crónica, en su sentido etimológico, implica un relato en el que se observa el orden de los tiempos. Extremando los términos puede decirse que en una crónica se relatan una sucesión de “hechos” sin importar la relación de significación que mantienen entre ellos. En una historia, cuento o novela, lo que más importa es la relación de significación, que le otorga al conjunto un sentido unitario.

Si es verdad lo que dijimos de las historias de Santiago y la de Ángela, entonces el cronista también está viviendo un drama “hepático”. Una relación con un objeto interno siniestro que lo tiene trabado en su capacidad de materializar. Pero a diferencia de aquellos su problema ahora se reedita en otro nivel.

No se trataría, como en el caso de Santiago, de la imposibilidad de **completar su proceso de identificación**, ni como en el de Ángela, del **proceso de nacer a la genitalidad**. Si él, que a los 21 años estaba realizando estudios universitarios, ahora está “vendiendo enciclopedias y libros de medicina” -y aparentemente sin mucho interés-, su traba y su fracaso debe estar referido seguramente a la imposibilidad de encontrar el camino para una sublimación satisfactoria, la forma de materialización que ahora le toca vivir. Nada dice de sus sueños o proyectos en este terreno, pero da la impresión de que se siente lejos de lo que quisiera.

4. La resistencia a comprender

El cronista pudo ofrecer todos los elementos para que otro le otorgue la significación. Pero él, que tiene vocación por los significados, en este caso, **cuando se trata de sí mismo**, no es capaz de comprender. Es verdad que no desiste, pero es verdad también que **se resiste**. Procura con interés desatar el nudo que lo intriga, porque **intuye que el problema de Santiago alude o representa al que él tiene ahora**, en esta época incierta de su vida. Pero también se hace trampa y se engaña, porque buscando sólo en el pasado, **el recuerdo le resulta una representación demasiado indirecta, que no sólo alude sino que también oculta**.

En otras palabras, el cronista no se anima del todo saber cuál es su problema actual. Quizás siente que, como Santiago, no podrá realizar su propio “porvenir brillante”. Quizás teme tener que reconocer, como lo hizo Ángela, su propia culpa, porque no se siente dispuesto, como ella lo estuvo, a pagar el precio de no poder.

Así, oscilando entre la valentía de insistir y la cobardía de preferir ignorar, trabado y perseverando, en una especie de parto dificultoso, de resultado incierto, se encuentra en la mitad del camino de asumirse a sí mismo tal cual es para poder nacer a la vida que ahora le toca vivir.

BIBLIOGRAFÍA

ALVARADO y COLAB. (1984) “Crónica de una muerte anunciada’. El viejo mito de Edipo”, en *Contribuciones al psicoanálisis*, Yaco R. Adissi (compilador), Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1984.

CHIOZZA, Luis (1963) *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*, CIMP, Buenos Aires, 1984.

CHIOZZA, Luis (1966b) “El significado del hígado en el mito de Prometeo”, *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*, CIMP, Buenos Aires, 1984.

CHIOZZA, Luis (1969e) El contenido latente del horror al incesto y su relación con el cáncer, *Ideas para una concepción psicoanalítica del cáncer*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1978.

CHIOZZA, Luis (1970a) “La consumación del incesto”, *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*, CIMP, Buenos Aires, 1984.

CHIOZZA, Luis (1975h) “La causa y el porque de la enfermedad”, *Trama y figura del enfermar y del psicoanalizar*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1980.

CHIOZZA, Luis (1976a) “Prólogo y epílogo a la primera edición de *Cuerpo, afecto y lenguaje*”, *Trama y figura del enfermar y del psicoanalizar*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1980.

CHIOZZA, Luis (1980f) “Entre la nostalgia y el anhelo. Un ensayo acerca de la vinculación entre la noción de tiempo y la melancolía”, en *Psicoanálisis: presente y futuro*, Ed. CIMP, Bs.As., 1983.

CHIOZZA, Luis (1987a) “La construcción de una historia psicoanalítica”, en *Los afectos ocultos en...*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1991.

CHIOZZA, Luis y colab. (1995) “El significado inconciente Específico del SIDA”. Presentado en CCMW, 1995.

FREUD, Sigmund (1907a) *El delirio y los sueños en la “Gradiva” de W. Jensen*, en *Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (1981) *Crónica de una muerte anunciada*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1989.

GRANEL, SÁNCHEZ GABRIELLI y HUNIO (1988) “Interpretación psicoanalítica de *Crónica de una muerte anunciada*. Realización de un mito sacrificial”, en *Revista de Psicoanálisis*. Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), Tomo 45 N° 6, Buenos Aires, 1988.

KUNDERA, Milan (1978) *El libro de la risa y el olvido*, Seix Barral para Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1984